LA HOYA AMAZÓNICA

Por: DANIEL ORTEGA RICAURTE
Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2, Volumen V
1938

(Continuación)

_____

HISTORIA
PRIMERAS FUNDACIONES Y MISIONES

Con el fin de catequizar a los indios cunibos, fue al Ucayali en 1685 el P. Henrique Richter, jesuíta alemán, pero cuando trató de subir más por el río, se presentó un conflicto de jurisdicción entre los jesuítas de Quito y los franciscanos de Lima, episodio que relata y explica el P. Astráin. Este P. Richter murió diez años después, el 1 de octubre de 1695 a manos de un jefe cunibo, al mismo tiempo que el clérigo secular José Vásquez, mejicano, que vivía en las misiones como anacoreta. Ayudó muy eficazmente al P. Richter en su apostolado del Ucayali, el hermano Francisco Herrera de linajuda familia limeña, quien había ingresado a la Compañía de Jesús por un doloroso desengaño, con la condición de no hacer votos sino en caso de muerte; este virtuoso hermano conquistó a los piros en 1686 y cuando trató de entrar al dominio de los campas en el mismo año, fue martirizado el día 19 de julio.

Por el mismo año de 1685 el P. Alejandro Salazar hizo el viaje de Chachapoyas al río Huambo, donde convirtió a los cheduas, los alones y los choltos y por el de 1686 se encaminaron los religiosos franciscanos padres Martín de san José, Juan de Céspedes, Martín Caboza de Maya y los legos Domingo del Carmen y Antonio de Jesús al primer pueblo de los oas en la gobernación de Quijos, fundaron sobre el Ucayali un pueblo que les sirviera de escala y luego fueron al Napo a pacificar la provincia de los avijiras en la cual fundaron hasta el año de 1689 los pueblos de Nuestra Señora de Guadalupe de los Icagnates, Encarnación de Avijiras y San Buenaventura, con más de 6.000 bautizados y, más adelante, en la provincia de los caguas, el pueblo de Santa Rosa de Viterbo con más de 4000 almas; en la provincia del Curaray levantaron el pueblo de San Francisco, el de San Diego entre los coronados y el de San Pedro de Alcántara entre los encabellados.

Como por esta época se les asignó a los jesuítas las misiones del Napo y del Marañón, se dedicaron los hijos del de Asís a las antiguas fundaciones del Putumayo y ya en 1693 tenían

fundos los de Jesús de Nausueras, Santa María de Maguajes, Santa Clara de Yayobaras y San Diego de Alcalá de Yanyaguajes. En 1694 sobre las márgenes del Acuyúa, afluente del mismo Putumayo, fundaron el pueblo de san José de los Curas que después se llamó Aguese y pacificaron a los biguajes en cuyo territorio erigieron el pueblo de San Antonio de Padua; a los penes sobre el Putumayo, donde fundaron a San Bernardino y tierra adentro el pueblo de San Francisco de los Piáconos. El mismo año fueron a la boca del Putumayo en el Amazonas — entonces llamado Gran Río de San Francisco — y redujeron las provincias y naciones de los coreguajes, de los puñíes y muchos de los encabellados, icaguates y roenes, al mismo tiempo que en la provincia de Mocoa se pacificaron los neguas, caguíes y coreguajes y desde entonces tomaron posesión de las provincias de Mocoa y del Caquetá.

Al año siguiente, de 1695, fueron a participar en tan meritoria empresa de las misiones los padres Juan Montero, Juan Benítez de San Antonio y Juan Victoriano y los legos Fr. José de Jesús y Fr. Antonio Conforte. Adelantados el P. Benítez y el hermano Conforte Putumayo abajo, los asaltaron unos indios temas del Caquetá y les asesinaron vilmente, el 18 de enero de ese año: el P. Benítez, natural de Ibarra, murió de rodillas abrazado al Crucifijo: de esta manera, su abnegada labor de once años entre los salvajes, fue coronada con la palma del martirio.

El resto de los compañeros llegó al río San Miguel de la Coca donde fundaron el pueblo de San Pedro de Alcántara y sobre el Putumayo el P. Juan Montero fundó la población de San Buenaventura de los Amaguajes, a cuyos indios evangelizó; pero sintiéndose un día muy enfermo y cercano su fin, entonó con voz sonora el Credo y al *Incarnatus est*, expiró.

En el mismo año de 1695 se fundaron en la hoya del Putumayo los pueblos de la Concepción de los Guanigajes y otros, y se redujeron numerosas tribus, tales como las de ayamacenes, ayamas, zaibaráes, ologuajes, siameacos, zinjes, ziroquíes, venuyares, bitomaes, ibircurulos, curusaguas, massaesses, zensetaguas, allamas, tanmeas, zorimanes, zencecajes, etc., todas las cuales, posiblemente, son los ascendientes de los actuales huitotos.

En el año de 1687 los franciscanos de Lima intentaron un juicio contra los jesuítas de Quito, para establecer la verdadera naciente del río Apurimac, en lo cual no estaban de acuerdo; los jesuítas encargaron de ese estudio al P. Samuel Fritz, quien cometió un gran error al hacer confluir el río Paro con el Ucayali, error que después repitieron los geógrafos Spix, Martins, Arrowsmith, d'Orbigny, BruéDufour y otros, pues ese río se debe a una tipisca o sacarita que va del Ucayali hacia el oriente. Jamás se llamó Paro al Beni, como se creyó en otro tiempo y como explicaremos al tratar del origen de este último río.

El P. Simón Rojas, natural de Loja, misionero del Putumayo, redujo a los yetes y entre ellos fundó el pueblo de san Simón, que por su belleza fue dedicado a encomienda en el año de 1693, pero los indios se irritaron porque el encomendero dio una bofetada al hijo del cacique y con sus lanzas le dieron muerte a él y a toda su familia, incendiaron el pueblo que desapareció para siempre y luego huyeron. El P. Rojas murió en 1695.

Quizá la tarea más difícil de los misioneros fue la de la evangelización de los terribles jívaros; en 1688 una Real Cédula ordena reducir a estos feroces salvajes y la Audiencia de Quito

comisionó para tan difícil como arriesgada tarea al P. Francisco Viva, jesuíta napolitano, quien salió el 26 de octubre de 1691 e hizo cuantos esfuerzos pudo para satisfacer los deseos de su soberano y logró reducir a 1360 de aquellos indios, pero luego algunos huyeron y la mayor parte de los otros se suicidaron, bien por hambre, o ahorcados, o más comúnmente introduciéndose palos en la garganta.

Colaboraron en esta tarea del P. Viva, el ya mencionado P. Richter, don Gaspar de Vidal y don Juan de Narváez, además del gobernador Vaca de la Vega. El P. Andrés Camacho redujo 184 jívaros.

El relato de estas aventuras de la conquista de los jívaros es en extremo interesante, con la particularidad de que entre tan rebeldes salvajes, encontraron los misioneros a varios hijos de las monjas y de las mujeres españolas que habían sido robadas cuando la primera invasión, de que ya hemos hablado.

El Virrey de Lima quiso que los jesuítas del Ucayali entregaran las misiones a los franciscanos, pero el P. Casas apeló ante el Concejo de Indias y en 1689 una Real Cédula de Carlos II declaró que las misiones del alto y bajo Ucayali, hasta los pajonales, pertenecían a los jesuitas de Quito.

La obra más interesante de todas las de los misioneros, por los resultados obtenidos, por su larga duración de varias décadas de años y por la labor científica que legó a la posteridad, lo mismo que por su celo en la defensa de los intereses de la Corona de Castilla contra las pretensiones portuguesas, fue, sin duda, la del padre Samuel Fritz.

Nació Fritz en Bohemia en la villa Orania el 9 de abril de 1654, hijo de nobles alemanes, e ingresó a la Compañía de Jesús a los 19 años. Sus superiores en vista de la gran inteligencia y magnífica cultura del nuevo sacerdote, decidieron destinarlo a la cátedra de Teología, pero su deseo constante fue el de venir a América a sacar de la barbarie a los indios salvajes, por lo cual se le destinó al Virreinato del Perú. Estuvo entre los omaguas en 1687 y de allí fue enviado a civilizar las tribus del alto Amazonas a principios del año de 1689; pero sintiéndose enfermo, se dirigió al Pará, pasó por las bocas del Caquetá el 6 de julio y el 30 llegó a Uribú donde lo recibió deferentemente el misionero portugués, con quien tuvo que demorarse 15 días enfermo de cuidado; llegó al Gran Pará el 11 de septiembre. Allí se agravó el estado de su salud a causa de las fiebres, mas repuesto de ellas, entabló discusión sobre las posesiones de España, apoyado en la Bula de Alejandro VI y en el Tratado de Tordecillas, pero como las autoridades no le creyeran sus relatos y tuvieran sospechas de él, fue tenido como prisionero en el Colegio de los jesuítas durante nueve meses, mientras llegaban instrucciones de Lisboa, hasta abril de 1691; tres meses después, Pedro II lo hizo conducir escoltado por tropa y por cuenta del erario real, a sus misiones entre los omaguas a donde llegó el 20 de octubre, después de tres meses y medio de penosa navegación. No nos corresponde narrar la infinidad de contratiempos y las muchas anécdotas interesantes de este doble viaje del P. Fritz, las cuales describe admirablemente Rodolfo García en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico Brasilero ([1]) y Lucio de Azevedo en su libro «Os Jesuítas do Grao Pará» ([2]); sus discusiones sobre límites pueden leerse en el Memorial

[1] Tomo 81 – 1918.
[2] Lisboa. 1901.

dirigido al Virrey del Perú, en su alegato sobre la línea de demarcación entre las Conquistas de España y las de Portugal; se encuentran, además, datos muy interesantes en el Archivo del Instituto Geográfico del Estado de Amazonas y en los libros de Ferreira Reis, Joaquín Nabuco y otros. Por último, otras de las actividades del P. Fritz las relataremos en sus capítulos correspondientes. Aquí nos basta decir que a su regreso, el Gobernador de Mainas y Marañon lo envió ante el Virrey del Perú, Conde de Manclova, a donde llegó el 2 de julio del año de 1692, provocando el espanto general, pues refiere Lucio de Azevedo que iba «acompañado solamente de un indio; con una sotana corta en harapos por vestido; alpargatas y medias de filamento de palma en los pies; alto de estatura, rojo de color, las largas barbas hirsutas, revivía en el aspecto un antiguo solitario de los desiertos de la Tebaida». Y esta descripción de Azevedo es pálida junto a la que hace el P. Rodríguez quien además dice que la cabeza la tenía rapada a causa de una erupción y hace una emocionada relación de su llegada procesional a Quito en medio de los cuatro indios que lo acompañaban, recibido por el Arzobispo, el Virrey y los oidores y pinta la emoción del pueblo cuando aquellos indígenas al entrar a la Catedral gritaron al unísono el «Bendito y alabado».

La labor en Lima del P. Fritz fue infructuosa pues al Virrey Portocarrero Laso de la Vega no le pareció prudente entrar en lucha ron los portugueses por un territorio tan apartado que «en nada contribuía para el erario público». Pero el abnegado misionero no desmayó y regresó en 1693 a sus misiones a continuar su obra santa y patriótica. Evangelizó todas las tribus comprendidas entre el Napo y el Río Negro ([3]). A su voz, omaguas, yurimaguas, aisuares y demás tribus regresaban a sus aldeas; lo reanimó todo, los pueblos fueron restablecidos y todos iban ansiosos de las enseñanzas de Fritz y le mullan calurosos homenajes, pues lo amaban entrañablemente; y se merecía este amor quien no sólo los adoctrinaba, sino que curaban los enfermos, animaba a los indecisos, enseñaba industrias, les distribuía caricias y los preparaba a la vida de la civilización. De su grandioso apostolado obtuvo muchos frutos y a él se deben 28 fundaciones con 40.000 indios, entre otras la del pueblo de omaguas en 1697 y las que hoy son ciudades brasileñas de Fonte Boa, Coary, Tifié y San Paulo de Olivenza, de las que hablaremos a su turno, lo minino que de los choques habidos entre los portugueses y los españoles, cuyo resultado fue que los carmelitas portugueses le arrebataran sus dominios en 1708 y los españoles solamente lograran conservar sus posiciones del Napo al Yavarí.

En 1704 fue nombrado el P. Fritz superior de todas las reducciones de Mainas; dejó a la posteridad su admirable mapa del Amazonas, su precioso diario lleno de detalles curiosos y murió en Quito el 20 de marzo de 1725 a los 71 años de edad, 42 de los cuales fueron empleados por él en las misiones amazónicas, en la más agitada de las obras de la catequesis del Nuevo Mundo. Fue llamado con toda justicia el «Apóstol del Amazonas».

Dejó Fritz de sustituto al P. Juan Bautista Sana, quien fue expulsado con los demás jesuítas del Amazonas por orden del gobernador de Pará, Cristóbal da Costa Freire; las misiones fueron ocupadas por los padres carmilitas. La revancha vino en 1709 en una expedición de 150 soldados y 300 flecheros a órdenes de José Antunes da Fonseca que hizo prisioneros al P. Sana y 14 españoles; luego entraron los carmelitas.

[3] Ibonamos, tarumáes, jeberos, cocamas, panos, chamicuros, gaes, aguanos, muniches, otanares, roamainas, etc.

Al P. Fritz le sucedieron los padres Lucas Coronado de Popayán y Caballero.

El pueblo de Santo Tomás en el Pastaza, formado por indios andoas, fue fundado por el P. Lanzamaní, napolitano, que después tomó el nombre de Nicolás Durango; este misionero llegado en 1682, fue asesinado a golpes de hacha por cuatro indios gaes en San Javier, el 14 de abril de 1707; el padre se postró de rodillas para recibir los golpes y los asesinos insubordinaron después a los demás indios e incendiaron la población de San Javier donde ya había unas 7.000 almas.

Los misioneros no sólo tuvieron que sostener luchas con los indios, sino también con los portugueses que cada día querían extender más su dominio por aquellos territorios, como sucedió en el año de 1707 que subieron hasta Yurimaguas en el río Huallaga y se robaron 112 familias indígenas. (Archivo de indias: 77-3-18).

Vimos ya cómo las misiones de los canivos del río Paro y de la montaña de la Sal fueron abandonados por los franciscanos en 1687 a raíz de la muerte del P. Biedma, pero ella fue reanudada en 1709 cuando el superior de Ocopa envió nuevos religiosos, cuatro sacerdotes y dos legos, entre los que más se distinguieron el P. Fernando Jiménez de San José, natural de Burgos, y el P. Juan de la Marca, francés, quienes para 1730, tenían convertidas casi todas las tribus que vivían en las márgenes del Perené y habían evangelizado cuatro pueblos populosos y florecientes: Sonomoro, Chaviní, Jesús María y Catalipango; este último fue destruido en 1737 por el cacique Torote, quien después de haber dado muerte a un hermano lego y a varios indios convertidos, se dirigió a Sonomoro donde asesinó a otros tres misioneros. Estos hechos hicieron que el corregidor de Jauja fuera a sofocar la rebelión, construyera un fuerte destinado a servir de asilo n los misioneros, a los convertidos y dejara una guarnición de 14 soldados bien provistos. El año anterior habían quedado establecidos los indios convertidos de la tribu de los chicherenes en dos pueblecitos que se llamaron Alto y bajo Parua ([4]).

Después de las fundaciones del río Paro de que acabamos de hacer mención, descubrió el P. De la Marca en 1730 la región que se llamó «Gran Pajonal», entre los ríos Perené, Tambo, Ucayali, Pachitea y Pichis, donde fundó tres años después los pueblos de Tampianiquí y Aporoquiaqui, región que fue en progreso creciente, hasta (al punto que para 1735 ya tenía cinco pueblos y un lustro más larde, con la ayuda de los nuevos misioneros que llegaron de España en 1737, eran diez las poblaciones con más de 20.000 indios convertidos; mas en 1742 vino la famosa rebelión del apóstata Juan Mantos, que tomando el nombre de Atahualpa, casi acaba con tan magna obra, fruto de tantos sacrificios y de tanta sangre, pues salidos los misioneros de allí, los indios la abandonaron.

El padre Manuel Abara salió en 1747, acompañado por un lego, ni busca de una más fácil salida a la Amazonia y con el fin de debelar la insurrección de Juan Santos, pero cuando llegaba cerca Al río Apurimac, ambos fueron matados por los indios a flechazos.

Las misiones de Pozuzo en el río Pichis, formadas por omaguas, fueron fundadas en el año de 1712 por el mismo padre Jiménez de san José, fundador también del colegio de Ocopa

[4] Otro historiador da a estos seis pueblos los nombres siguientes: Quimirí, Nixardaris Cerro de la Sal, Eneno, Pichana y San Tadeo.

en la provincia do Huanuco. De las varias rancherías de indios amajes formó dos pueblos llamados Asunción de Pozuzo y Nuestra Señora del Carmen de Tillingo. También fundó hospitales para los misioneros, en Chagalla y en Muna, lugares que más tarde se convirtieron en poblaciones con la construcción de sendas iglesias.

Pozuzo es hoy una colonia de alemanes, con varios miles de habitantes blancos, fuertes, de hermoso aspecto y muy industriales; está formada por casas diseminadas, cada una de las cuales forma una pequeña chacra. De ella dice en su informe uno de los prefectos del departamento de Loreto (Perú): «Tiene su autoridad política y hablan un dialecto alemán. Poco uso hacen del castellano.... Se entregan asiduamente al trabajo; aman su independencia y su hogar y son prolíficos: cada matrimonio tiene, cuando menos, seis a ocho hijos». Hay ahora allí una fábrica de cocaína.

Dos de los indios panalaques, de esta misión de Pozuzo descubrieron el día 21 de julio de 1720 la planicie que los misioneros llamaron «Pampa de Sacramento», por ser ese día el de corpus, plano que después fue centro de una gran misión franciscana y que se halla comprendido entre los ríos Marañón, Pachitea, Ucayali y Huallaga. Esos bosques que en un principio creyeron enorme llanura y que no lo es pues está atravesada por un ramal de los Andes Centrales, están habitados por los carapachos y los amajes. Del año 1727 al de 1735 hicieron los padres Alonso Arévalo y Simón La Jara, cuatro expediciones a aquella pampa.

Los payaguas y los icaguates fueron evangelizados desde 1720 por el padre jesuíta Lucas Coronado, natural de Popayán, y los llámeos también por este padre, después de siete años de lucha incesante; en la reducción de estos últimos colaboró el padre Bernardo Zumillén, alemán, quien murió en 1735.

Otros misioneros jesuítas alemanes que trabajaron en la reducción de indígenas, fueron los padres Juan Bautista Julián, quien murió en 1740; Francisco Javier Zefiriz, que introdujo instrumentos de música y la enseñó a los indios; Ignacio Michel que sirvió veinte y siete años entre los omaguas, payaguas, ámeos y éveros; Enrique Francen quien después de trabajar intensamente por espacio de cuarenta años, murió en 1767; Adán Widman, también trabajó durante cuarenta años, como párroco, maestro, médico y enfermero, escribió varios libros y fue a Lisboa donde murió en 1769 a la edad de setenta y cuatro años.

(Velasco trae notas bibiográficas de todos los jesuítas).

El pueblo de San Ignacio, sesenta leguas al oriente de la desembocadura del Ñapo, fue formado con tribus pebas, caumares, zabos y cabachis y este fue el extremo oriental de las misiones de los jesuitas del Marañón hasta su expulsión por Carlos III. De 1506 a 1757 se desarrollaron las misiones con alguna lentitud: para 1730 tenían los hijos de san Ignacio veinte y dos pueblos en esas misiones y en 1735 los pueblos de las misiones de los jesuítas eran:
En el Huallaga: Santiago de la Laguna, fundado en 1670; San Javier de Chamicuros, en 1671; Santa María Mayor de Yurimaguas, San Antonio y San Estanislao de Muniches.

En el Cahuapanas: Concepción de Cahuapanas, Presentación de Nuestra Señora de Chayabitas, fundado en 1678, y Concepción de Jéveros.

En el Pastaza: Santo Tomás de los Andoas, San José.
En el Marañón: San Francisco de Borja, San Ignacio de Loyola de Mainas, (1646), Santa Teresa de Mainas (1647), San Joaquín de Omaguas.

Nueva Borja fue fundada en el Marañón, entre el Morona y el Pastaza, pero años después, en 1756.

En el Napo: Reyna de los Ángeles de Payaguas, San Javier de los Icaguates, San José de los nuevos Icaguates.

Llámeos: Santa Ana de los Pativos y Beato Regis. Este pueblo que se llamó San Regis de los Lamistas, fue fundado en el sitio del Baradero por el P. Gregorio Bobadilla, natural de Cuenca, el mismo que construyó la iglesia de la Laguna y que trabajó en las misiones durante 34 años.

Después se fundaron hasta 1741: san José de Guayoyo, san Bartolomé, san Pedro, san Juan Nepomuceno, El Nombre de Jesús, san Miguel arcángel, san Estanislao, san Luis Gonzaga y santa Cruz, número que para 1762 había ascendido a 35 pueblos y 14.236 indios civilizados, estadística que por sí sola da la idea de la grandiosa Obra de aquellos religiosos.

Se distinguieron entonces el padre Francisco Basterrica que mulló ahogado en 1754, el padre Manuel Uriarte, también mártir, el padre José Casado, el padre Onofre Esteban que catequizó los yumbos de Quijos y el hermano Lorenzo Rodríguez de Quito.

Parte muy interesante de la historia de las misiones es la narración da sublevaciones de los indios cuando ya parecían catequizados, pero ellas alargarían demasiado este capítulo y corresponden más bien al referente a la etnografía, fuera de que todas son muy semejantes: nos limitaremos aquí a enumerar las más importantes:
1600 los cocamas; 1667 los avijiras; 1694 los yates del Putumayo; 1695 los del Ucayali; 1707 los gaes; 1745 y 1749 los payaguas, quienes asesinaron y quemaron al padre Francisco del Real, genovés; 1753 los indios del Napo y los cahuanaras.

A principios del siglo XVIII dirigían las misiones del río Putumayo los religiosos de san Francisco a las cuales proveyó Felipe V por Real Cédula de 5 de julio de 1716. Estaban allí los padres Lucas Rodríguez de Acosta, Matías Valencia y Miguel Marín y los legos José de Jesús María y Juan Garzón quienes entre aquellas tribus errantes dispersas fundaron los pueblos de Ceones, Ocorazos, Piácomos, Encabellados y otros y todos ellos ofrecieron sus vidas como mártires a manos de aquellos salvajes: el padre Rodríguez, a quien después de haberle dado los ceones mortales heridas que recibió hincado de rodillas, lo quemaron, junto con la casa donde vivía, en cuyas cenizas murió abrazado; el padre Marín a manos de los ocorazos el H. Garzón a la de los encabellados, quienes después se lo comieron a pedazos, al decir del padre Compte; y el H. José de Jesús quien estuvo en las misiones más de 30 años, murió a manos de los piácomos. Todas estas muertes tuvieron lugar en mayo de 1721.

Tras de estos horribles asesinatos, vino la sublevación general de casi todos los indios de aquellas comarcas, con lo cual se perdió la benéfica labor de los misioneros franciscanos durante 87 años: sólo permanecieron en la fe los pueblos de san José de Aguese y de san Diego de Yantaguajes, en donde se refugiaron los religiosos que pudieron salvarse, con los cuales fueron a colaboraren 1725 los padres Pedro Guisado, Buenaventura Villapanilla, Juan Guillermo del Castillo y Francisco Javier Soto y los Legos Domingo Luna y Tomás Méndez. El padre Guisado quedó en Sucumbíos y el padre Soto pasó con el H. Méndez a las Misiones del Caquetá.

Al año siguiente fueron al Caquetá, capital Mocoa, los padres Martín Huydobro de Montalván y Juan Miranda, quienes fundaron en aquel río los pueblos de san Antonio de Padua, el Arcángel san Gabriel de Guayanomias sobre el río de la Tagua, el de san Rafael sobre el río Madur, el de san Luis de Andaquíes sobre las cabeceras del río Domafagua, el de Nuestra Señora de los Angeles sobre el río Chufia, el de santa Clara sobre el río Yapo y en 1726 fueron además los padres Antonio Bernardino Semamate y el padre Javier Soto quien vino del putumayo con el H. Méndez; fundaron a san Bernardino de los Caguanes, en la boca del Caguán, y en 1728 pacificaron a las naciones de los sapallos, los jachas, los surones y gran parte de los tamas o puyugajes. El padre de Montalván en dos años y medio convirtó y bautizó a los chiguasas, mexipuros y oyocamas.

Por esta misma época los franciscanos del Putumayo, con asiento en Sucumbíos, tenían ya establecidos los pueblos de San Pedro de Alcántara de los Amoajes, en la boca del Guagnués (hoy Guamués), de Nuestra Señora de los Dolores de los Masaros, de Santiago de los Ocomecas, de San Juan Capistrano de los Guiros, de Santa Rosa de Viterbo de los Oyos, de San Salvador de Horta de los Emos, de Santa Coleta de los Zenzeguajes, de San Buenaventura de los Curiguajes y en 1738 el de Santa Cruz de los Manos, la ciudad de Ecija, de que ya hemos hablado varias veces y que entonces estuvo tan floreciente, se convirtió en lo que hoy se denomina San Miguel de Sucumbíos.

Las misiones de los Andaquies del Caquetá y el Putumayo estaban encomendadas por real cédula de 1756 a los franciscanos de Popayán, quienes fundaron diez pueblos en aquellas dos grandes arterias fluviales y cinco más entre los ríos Fragua y Pescado.

En el año de 1757 los padres franciscanos Santa Rosa, Fresneneda y Cabello acompañados de 300 neófitos del alto Huallaga trataron a entrar al plano del Sacramento, pero fueron rechazados por los panos de Manoa con flechas y macanas y se trabó un combate del cual quedaron varios muertos de uno y otro bando, entre ellos el P. Cabello. Los religiosos capturaron entonces varios indígenas, entre los que se encontraban dos niñas; dos años después fue otra expedición de Huanaco escoltada por soldados españoles que después de ocho días de penosa marcha por malos caminos y rendidos por la fatiga, abandonaron a los misioneros quienes no tuvieron más remedio que regresar también.

Las estadísticas de los misioneros hijos de San Francisco indican que en ese año de 1757 habían sido matados por los indios 57 sacerdotes y 15 legos, pero con el coraje que les daban su celo por la salvación de las almas, realizaron aquellos religiosos otra expedición al Huallaga, compuesta de los padres Miguel Salcedo y Jiménez de San José, 90 neófitos, 7 españoles y una de las niñas pano, de las que habían sido capturadas por el P. Fresneda en

la refriega tres años atrás. Esta niña había sido bautizada con el nombre de Ana Rosa, pues se había educado en el convento de Santa Rosa de Lima, en donde aprendió a hablar el español y el quechúa, y como no había olvidado su lengua nativa, sirvió de intérprete a los misioneros, quienes la enviaron adelante a avisar su llegada a las gentes de la tribu. Los indios la creían muerta o cautiva, la recibieron con mil caricias y Ana Rosa con el prestigio adquirido entre los suyos y la educación recibida en la capital del Perú, logró convencerlos en favor de los misioneros y hombres y mujeres de la tribu acudieron donde ellos cordialmente y les prometieron abrazar la religión cristiana.

Los religiosos confiados en estas promesas fundaron allí una misión y el P. Salcedo acompañado de sus meófitos regresó a Ocopa a dar cuenta a los superiores del resultado de su viaje, dejando al P. San José, a los siete españoles y a Ana Rosa en Suaray, nombre que se le dio a la nueva población de los panos y que después se denominó San Francisco de Manoa. Dieciocho meses transcurrieron sin que el P. San José recibiera noticia de su compañero, lapso durante el cual aquel llevó la vida de los indios, cazando y pescando y compartiendo su comida, rica o frugal, con ellos. Sus hábitos estaban andrajosos, su cuerpo había sido pasto de los mosquitos y era una llaga, cuando dos religiosos de Ocopa llegaron a Suaray. Su vista hizo olvidar al religioso sus sufrimientos y recobró sus energías. Aquellos padres llevaban, junto con provisiones de varias clases, instrumentos de arados, semillas y animales destinados a la futura misión. Desde este momento las cosas mejoraron: se practicaron desmontes, las plantaciones de yucas y de plátanos aseguraron la subsistencia de religiosos y de neófitos, los envíos de Ocopa se regularizaron y se unieron a los misioneros de Manoa para trabajar dos años en común. En siete años se fundaron otras tantas misiones sobre el río Ucayali, entre la desembocadura del Pachitea la Sierra de Contamana.

El 6 de enero de 1765 el P. Juan de Fresneda fundó el pueblo de Santo Domingo de Pisqui y en él trabajaron mucho el P. José Caballero y el hermano Alejandro de las Casas; el primero fundó el pueblo de Santa Bárbara en la margen derecha del río Pisqui y el segundo el de Santa Cruz de Aguaitia; se abrió un camino de Pampa Hermosa a Manoa por donde entraron en 1766 el visitador general Fr. José Amich y los padres Santa Rosa, Juan Bonamó, Roque Aznar y José Jaime.

Todo presagiaba un porvenir durable, cuando un indio sipibo de nombre Rungato que había sido castigado por una falta grave, se dedica de misión en misión a inculcar la discordia en el corazón de los neófitos y a provocar la sublevación que amenaza la destrucción de todos los misioneros. Se decía que tenía relaciones culpables con Ana Rosa, quien conocedora de sus planes contra sus benefactores, los calla y deja fríamente que los indios asesinen a todos y se pierda el fruto obtenido a costa de tantos sacrificios.

Perecieron 15 religiosos - seis sacerdotes y nueve legos - de las poblaciones de Pisqui, Santa Bárbara y Santa Cruz.

Los franciscanos descubrieron en 1760 a los manoitas y convirtieron a los setibos, sipiros y coniros, en donde fueron asesinados otros seis sacerdotes y cuatro legos, entre ellos el P. Francisco Francés, en 1763.

La supresión de la Compañía de Jesús por la Pragmática de Carlos III dejó un inmenso vacío en las misiones del Marañón, pues el celo apostólico de los jesuítas contribuyó grandemente a la reducción de infinidad de tribus y gracias a él se fundaron muchos pueblos, se dio comienzo al cultivo de artes y oficios y estaba bien desarrollado el comercio entre los indígenas. Según el historiador P. Velasco, de 1638 a 1768 hubo en Marañón 164 jesuítas que fundaron 152 pueblos, pero retirados estos religiosos y oprimidos los indios por autoridades y por negociantes inescrupulosos, abandonaron la vida civil y regresaron a sus primitivas costumbres selváticas cuando no se revelaron, como aconteció varias veces, para dar muerte a sus opresores; en 1767 las solas misiones de Macas, Canelos, Quijos y Jívaros formaban más de 40 pueblos, los que bien pronto se redujeron casi a la nada y para 1784 toda la extensa misión de Mainas quedó reducida a una sola provincia.

Expulsados los jesuítas del Ecuador, el Presidente D. José Diguja, de acuerdo con el Ordinario de Quito, encargó la dirección de las misiones a clérigos seculares, los que permanecieron en ellas por espacio de tres años, desde fines de 1767 en que fue nombrado Vicario el Dr. Manuel Mariano Echeverría, quien salió de Quito acompañado de 28 sacerdotes del clero secular a tomar asiento en Jeveros, como centro de su vicariato. Pero en diciembre de 1768 el Definitorio de la Provincia franciscana de Quito se dirigió, en carta que hemos tenido a la vista, a Diguja solicitándole las misiones dejadas por los jesuítas, a lo cual accedió el Presidente.

Entraron entonces a aquellas misiones los siguientes religiosos: joaquín Barrutieta, comisario de las misiones; Felipe Caamaño a Santa Bárbara de Iquitos y después a Omaguas; Antonio Castelo, Miguel Rivas a San Pablo de Napeanos, José Bermúdez, Ignacio Vicuña, Felipe Guevara, Francisco Andraca, Juan Ruiz a Capucui y después al Napo; Buenaventura Franco, Francisco Luna, Manuel Santos a San Francisco Javier, Joaquín Enríquez de Guzmán al Nombre de Jesús; a fines del mismo año fueron los padres Julián Pérez a la Virgen de Loreto de Ticunas, Raimundo Rivas a San Ignacio de Pebas, Hipólito Ruiz a San Joaquín de Omaguas y Bernabé Enríquez a Santa María de Iquitos y después a Loreto.

A principios del año de 1771 urgido el Definitorio por la Real Audiencia, nombró los siguientes padres: Joaquín Andraca, Pedro Domínguez, Juan Paredes, Juan Moreno a Napeanos, Juan Orbe a Jéveros, Juan Suárez a Chayavitas, Ramón Gómez, Joaquín Betancur, Juan de D. Montenegro, Felipe Guevara a Pebas y Mariano Peñaherrera a San Francisco de Borja, Mariano Villalobos a la Laguna, José Ardocilla a Chamicuros, Toribio Suárez a Yurimaguas, Pascual Portalanza a Caguapanav y Antonio León a Santo Tomás de Andoas.

La misión de Lamas en el Huailaga pertenecía primeramente a los franciscanos, quienes la cedieron a los jesuítas y éstos la mantuvieron hasta su expulsión; hechos de nuevo cargo los franciscanos, poco después le fue encomendada a un clérigo secular. De igual manera, en 1774 fueron nombrados clérigos seculares para las misiones de Mainas, en lugar de los franciscanos, a quienes se les confió nuevamente por Real Cédula de 12 de julio de 1799.

De 1784 a 1798 sirvieron las misiones del Putumayo dos padres mercedarios y con la de Mocoa estuvo el P. Francisco Javier de la Paz, agustino, natural de Pasto.

Desde 1789 se supo en el Colegio de Ocopa que los indios antis pretendían impedir el cristianismo, y en 1781 fueron los padres Valentín Arrieta y Joaquín Soler y levantaron una capilla en el río Mantaro, pero cuando la misión prometía buenos frutos, enfermaron los religiosos y tuvieron que retirarse; igual cosa sucedió en 1786 a los padres Bernardo Jiménez, Bejarano y Tadeo Giles y la misión fue abandonada. En 1784 fueron los franciscanos, a órdenes del P. Sobreviela, al río Apurimac en cuyas márgenes construyeron una capilla, base del pueblo que llamaron Asunción de Simariba; en 1788 pasaron el río y con una humilde iglesita y una casa dejaron fundado el pueblo de san Antonio de Intata y al año siguiente, el P. Mateo Méndez, ayudado por el Intendente de Huamanha, sube el río por espacio de 5 leguas y funda en una región muy habitada de indios la población de San Luis de Maniroato y un año después la de San Buenaventura de Quienpiric a 4 leguas de Simariba.

El P. Álvarez de Villanueva, franciscano, dirigió en 1781 una carta al Rey de España Carlos III y en ella le aconseja que pacte con el de Portugal la libre navegación del Marañón y le habla de las ventajas que tendría ese arreglo.

Y hacemos aquí una digresión para referir que al cabo 30 años de población del río Ucayali, los caucheros produjeron también obra nefasta en las misiones, pues pretendieron dominar las tierras del Sarayacu, pero los indios cachivos las reconquistaron penetrando a ellas, sin ruidos y armados de machetes: las escenas desarrolladas entonces fueron dramáticas para los aventureros, pero estos indios son muy feroces, como lo indica su propio nombre: *cashi* (murciélago) y *bo* (que significa semejante) lo que quiere decir algo así como vampiros o chupadores de sangre, indios que aún en los raros momentos de jovialidad asustan al blanco ya que su risa les descubre los dientes reteñidos con el negro chonta. Esta fue una de las causas para que el famoso «Puerto Victoria» en el río Pichis hubiera desaparecido.

Veintidós años después de la catástrofe del Suaray que dejamos relatada, en el año de 1790, el P. Manuel Sobreviela, Guardián del Convento de Ocopa y quien en 1787 había abierto un camino de Huanuco a Playa Grande, trató de restaurar las misiones del Ucayali y se introdujo por el río Huallaga hasta la Gran Laguna y de allí a pie por entre la selva hasta Sarayacu, viaje que hizo más largo con el fin de visitar las misiones de Mainas, las cuales, según vimos atrás, les había confiado poco antes una real cédula. En Sarayacu habían fundado los indios panos un pueblo después de la masacre del Suaray: Ana Rosa, con su inteligencia y su aptitud para los idiomas, había merecido el honor, sin precedentes en ninguna de aquellas naciones salvajes, de ser elevada al rango de curaca o capitana.

El P. Sobreviela fue recibido con recelo por los asesinos de los religiosos de Ocopa; Rungato ya había muerto y Ana Rosa que había dejado las pasiones de la juventud pues frisaba en los 50 años, pidió al padre que enseñara a su tribu la palabra del Evangelio, a lo cual accedió el superior y les mando al año siguiente a los padres Narciso Girbal y Buenaventura Márquez y al Hermano Juan Dueñas, quienes realizaron un interesante viaje hasta Manoa y luego a Sarayacu en 4 meses ([5]).

[5] El P. Girbal escribió la relación de este viaje llena de curiosos detalles.

En cuanto a Ana Rosa, murió de 74 años y refiere el P. Plaza, quien la asistió en sus últimos momentos, que atormentada por los remordimientos se imaginaba ver a los demonios alrededor de su lecho y que fue enterrada en la iglesia, junto a los restos de los misioneros asesinados 58 años atrás, con su complicidad.

De 1791 a 1795 las misiones del Ucayali y en particular las del Sarayacu estuvieron en floreciente estado.

En 1796 cuando los padres Girbal y Márquez se disponían a retirarse de Sarayacu por la amenaza de otra sublevación, llegó por la vía del Napo el P. José Manuel Plaza, un joven de 23 años ordenado el año anterior, natural de Riobamba. Quedó solo el padre Plaza al frente de la misión y durante el transcurso de tres años recibió las provisiones que le ofrecieron sus antecesores, pero ningún religioso fue a acompañarlo en su soledad; entre tanto, Sarayacu y sus vecindades fueron pacificadas. Tres años después fue el P. Luis Colomer como visitador, quien, admirado por los éxitos sorprendentes alcanzados por el P. Plaza, le preguntó de qué medios se valía para obtener tantos frutos y tanta obediencia de los indios, a lo cual el P. le contestó: «es mi secreto». ¿Cuál sería este secreto?; sus hermanos de la Orden lo ignoraron, pero interrumpiendo la historia, damos este dato, que puede encerrar la clave de aquel secreto: Marcoy (seudónimo del señor de Saint-Cricq) al describir la misión del Sacramento, por donde él pasó en sus exploraciones en 1846, refiere que allí encontró al P. Plaza quien le refirió los métodos empleados por él con los indios, quizás el secreto de su éxito. Cuando él llegó, la poligamia estaba todavía en uso entre los neófitos y algunos tenían hasta cinco mujeres; por este relajamiento de costumbres puede juzgarse el resto, pero para remediarlo, el religioso recurrió al nervio del manatí y contaba: « yo mismo los azotaba, 25 azotes por una falta y 50 por la reincidencia»; al cabo de un año de este régimen, los indios eran dóciles y mansos, y prosiguió así el padre su relato: «tratándoles así a la baqueta yo sabía perfectamente que exponía mi vida... pero yo tenía en un rincón de mi celda carbón apilado, un saco de indio, un arco, flechas y una cerbatana. Como los indios no atacan nunca sino por la noche, al menor ruido que yo sentía, saltaba debajo de mi cama, me ennegrecía el rostro con carbón, me ponía el saco, tomaba en la mano el arco, las flechas y la cerbatana y me deslizaba por en medio de los asaltantes que en la oscuridad me tomaban por uno de ellos. Una vez en la selva, me dirigía a las misiones del Huallaga; la cerbatana me había procurado con que vivir en el viaje, y el arco y las flechas me habían servido para defenderme de los animales feroces.

El mismo Marcoy trae muchos datos interesantes de esta misión, pero proseguimos nuestra narración de la obra del gran misionero P. Plaza.

Los relatos del P. Colomer determinaron al Guardián de Ocopa a enviar un refuerzo de seis religiosos para ayudar a la labor del P. Plaza, los cuales permanecieron allí hasta 1821.

El P. Plaza realizó muchas expediciones pues su celo era insaciable: en 1811 y 1812 hizo una al oriente del Ucayali en la que descubrió y pacificó la nación de los senchis de más de mil almas, los que después se extinguieron a causa de las epidemias; también descubrió el origen del río Huanacha o San Francisco. Cuando el padre Guardián de Ocopa ordenó abrir un camino a las misiones de Manoa por el río Tambo, el P. Plaza subió por el Ucayali y el Tambo hasta encontrarse el 15 de junio de 1815 con la expedición que venía dirigida por el

valiente P. Diego Ruiz. Allí reunió el P. Plaza más de 130 familias de piros y con ellas fundó el pueblo de Santa Rosa de los Piros o Lima-Rosa, cerca a la confluencia del Tambo con el Urubamba. El P. Ruiz descubrió el río Pangua y fue atacado por los campas, de quienes pudo escapar felizmente. Este suceso determinó al P. Plaza a organizar una expedición con 400 hombres para catequizar a los infieles del Tambo: salieron de Lima-Rosa el 29 de julio de 1816 y nueve días después se trabó un combate entre los piros y cunibos de la expedición y los campas del río Tambo.

Durante el tiempo de las guerras de la independencia, el P. Plaza ayudó con indicaciones a los realistas y pretendió facilitarles el paso por aquellos ríos para tratar de evitar la batalla de Ayacucho que acabó con la dominación española. Todos los padres del Ucayali fueron entonces llamados a Lima, menos el P. Plaza que permaneció solo sin tener con quien hablar su propia lengua y las misiones fueron disolviéndose una a una, con excepción de la de Sarayacu y sus vecindades. La mayor parte de los neófitos ya civilizados regresaron a vivir en la selva con sus compañeros.

Porque este mismo centro de las misiones fue teatro de la gran jornada de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. El pueblo de San Juan de la Frontera que había sido fundado por Pizarro el 9 de enero de 1539, fue trasladado poco después al sitio que tomó el nombre de Huamanaga, del cual ya hemos hablado, y que hoy es la célebre ciudad de Ayacucho a orillas del rio Mantaro.

En Jauja el General Canterac, jefe del ejército realista, actuaba con el grueso de sus tropas, mientras el batallón de los *Húsares del Perú* tenía su asiento en Huanuco sobre las márgenes del Huallaga; allí estableció el gran Mariscal Antonio José de Sucre su cuartel general y en ese mismo lugar se le reunió Bolívar el 24 de junio.

En el campo del Sacramento se reunieron por orden del Libertador, el 1.° de agosto, los cuerpos de infantería y de caballería de la *Guardia Colombiana* y los *Granaderos de los Andes* y presentaron una grandiosa revista militar todos aquellos soldados victoriosos en el Pantano de Vargas y en el Puente de Boyacá, en Carabobo y en Pichincha. Por aquellos caminos abiertos por los misioneros se movilizaron los ejércitos y los patriotas bajaron del Cerro de Pasco a la Pampa de Junín, cuna de muchos de los tributarios del Amazonas, donde cosecharon los laureles de la batalla de Junín el 6 de agosto, la que preparó el triunfo de Ayacucho. Sobre las aguas del Apurimac pasaron Córdoba, Sucre y Bolívar y en aquella gloriosa región de la cuenca amazónica se selló la independencia de América ([6]).

Los republicanos retiraron toda ayuda al P. Plaza, pero él no se intimidó, plantó caña de azúcar, fabricó aguardiente, saló pescado, recolectó zarzaparrilla y cacao y comenzó a exportarlo todo al Brasil en cambio de herramientas y de víveres para sostener la misión. Duró siete años en esta labor de negocios para vivir, hasta que una fiebre maligna lo redujo a la cama por cinco semanas. Restablecido un poco, resuelve ir a consultar un médico, sale de Sarayacu el 17 de diciembre de 1828, desciende el Ucayali y el Amazonas y sale por él Napo hasta Santa Rosa en 40 días de penosa navegación, de donde en 14 días va a pie hasta Quito. Allí se entrevista con el obispo don Rafael Lasso de la Vega y con el libertador

[6] Véase la importante obra "Participación de Colombia en la libertad del Perú" del general Carlos Cortés Vargas.

Simón Bolívar: el primero elogia su bella conducta y el segundo ordena entregarle del tesoro 250 piastras; el canónigo Plaza, hermano del misionero, le ayuda con otras 300 piastras más y con ese dinero se reanima, adquiere elementos que faltan en la misión y regresa por el Napo después de ocho meses de ausencia. Su llegada a Sarayacu es recibida con desbordante entusiasmo y hombres y mujeres le besaban las manos y lo llevaron en hombros hasta su celda pues lo creían muy enfermo; pero los azotes que les proporcionaba con su propia mano, les convencían bien pronto de que el misionero estaba sano.

Seis años pasó nuevamente el P. Plaza solo con sus indígenas y los recursos se le estaban agotando nuevamente, pues el colegio de Ocopa y el presidente no oían sus súplicas, pero volvía ya al negocio de la zarzaparrilla, cuando una visita inesperada lo sorprendió.

Dos oficiales de la marina británica, Guillermo Smith y Federico Lowe, que iban con el fin de explorar el Amazonas hasta el mar, acompañados de dos oficiales peruanos, Pedro Beltrán y Ramón Azcárate, llegaron en enero de 1835 a Sarayacu. El padre los recibió con entusiasmo y los indios con grande admiración. El viaje de estos exploradores no interesa a nuestro relato, pero sí conviene anotar que los informes rendidos por los oficiales sobre la situación del religioso, sirvieron para que el comercio de Lima organizara una suscripción pública con el laudable fin de ayudar a esas misiones; pero los franciscanos de la ciudad de Rimac no quisieron ir al Ucayali y entonces el arzobispo Benavente pidió misioneros italianos y en el año de 1838 llegaron al convento de Ocopa varios padres, de los cuales fueron dos años después a Sarayacu a ayudar al P. Plaza, el P. Juan Crisóstomo Cimini y el lego Luis Vichi ([7]). Aquel los recibió con gran cariño y los tres trabajaron en perfecto acuerdo, hasta que al cabo de tres años no pudiendo entenderse, los italianos regresaron a Ocopa y fueron sustituidos por otros. El P. Plaza sin elementos y sin recursos, no desmayaba, pero la misión estaba a punto de acabarse. La providencia le deparó entonces una valiosa ayuda. Fray Ildefonso Roa se dedicó a recolectar fondos en el comercio de la capital y se los enviaba a Sarayacu. Son muy interesantes los datos biográficos del P. Roa, de los cuales apuntamos solamente que había nacido en España; de niño perteneció a una *troupe* de circo y joven vino a América donde siguió la carrera de las armas. Desde la derrota de las armas españolas en la batalla de Ayacucho, en la cual fue lugar-teniente del regimiento realista *Real Alejandro*, quedó sin recursos por el licenciamiento de sus tropas y tomó el hábito de san Francisco en el colegio de Ocopa.

Aunque saliéndonos un poco de nuestro objeto, cabe aquí referir una anécdota curiosa que cuenta Marcoy. Cuando él pasó por la misión de Sarayacu, hacía ya doce años que habían estado allí unos días Smith y Lowe; una tarde, después de alguna fiesta, el P. Plaza le pregunta al explorador francés si quiere ver la comedia de Smith y Lowe; Marcoy le responde que sí. A una señal del padre, salen dos indios: el uno al parecer con saco negro y botones rojos, pintados sobre el cuerpo con tintas vegetales, un pañuelo arrollado a la cabeza a manera de boina y larga barba postiza; bajo el brazo llevaba un rollo de finas cortezas para simular el papel y en la mano un armazón de palos de forma extraña. El otro tenía la cara enharinada, portaba una fruta hueca que simulaba un tintero y una gran pluma de ave y entre el pulgar y el índice un simulacro de escuadra con un fragmento de espejo. La comedía, inventada por los indios, no era otra cosa que un remedo de los dos científicos

[7] El P. Comte escribe Bieti.

exploradores: el uno con el sextante y el legajo de notas de apuntes, y el otro con el horizonte artificial como contador de las observaciones astronómicas. El que hacía de Smith dirigía el aparato hacia el sol y el otro fingía apuntar los datos; entonces comienzan a hablar rápidamente en su idioma, pero tratándole de dar un acento inglés e intercalándole a cada paso los *yes, of, well*, etc. Mas no relatamos toda la serie de detalles simpáticos y minucias curiosas que al decir de Marcoy hacían los indios para imitar a los marinos ingleses, cada uno de los cuales era celebrado con aplausos por toda la concurrencia de neófitos.

El Congreso del Ecuador eligió al P. Plaza para Obispo de Cuenca, elección que confirmó el Sumo Pontífice; recibió el misionero la inesperada noticia en Sarayacu, se dirigió a su diócesis y fue consagrado el 29 de octubre de 1848, de 74 años de edad y después de 53 de intensa labor apostólica en las misiones del Ucayali, del Huallaga y del Marañón, donde abrió caminos, fundó varios pueblos, entre otros los de Belén, Tierra Blanca y Santa Catalina y evangelizó muchas tribus salvajes; penetró en lugares a donde ningún otro hombre civilizado había llegado; él solo conoció tribus, comarcas y dialectos ignorados hasta entonces. «Ángel de los desiertos lo proclamó Rocafuerte en el seno de la Asamblea Legislativa y con razón fue apellidado el «Apóstol del Ucayali».

Un año antes de su muerte, ya a los 80 de edad, hizo viaje a visitar las misiones del Amazonas a donde se dirigió con el fin de incorporar al seno de la Iglesia las tribus de Gualaquiza. Poco antes de su muerte dirigió con fecha 9 de abril de 1853 una carta al Ministro de Estado del interior en Quito, en la que le dice: «Hago hoy lo que en el año 29 hice con el Presidente de Colombia, General Simón Bolívar, y estoy cierto de que si entonces se hubieran fijado los límites de las dos Repúblicas del Perú y Colombia, como se estipuló en los tratados que se celebraron después de la batalla de Tarqui, habrían sido muy útiles los diversos datos que suministré al Libertador en aquella época».

Murió el P. Plaza el 10 de septiembre de 1853.

El pueblo de Sarayacu contaba en 1846 cuando allí estuvo Marcoy, 166 casas, cada una con un matrimonio, de panos en su mayoría, o de omaguas, cocamas, cimbazas, balsapuerteños y jeberos. Aún se ve hoy en aquel lugar tan lleno de recuerdos, el hermoso árbol de las lilas de Indias, de ramaje en sombrilla, originario de las Indias Orientales y llevado al Ucayali, lo mismo que otras plantas importadas de Europa, por los misioneros franciscanos.

El obispado de Mainas fue creado por Pío VII en 1805 y comprendía todas las misiones servidas por los misioneros franciscanos del Colegio de Ocopa, por los jesuítas en el Huallaga y en el Ucayali, los curatos de Lamas, Moyobamba y Santiago, las misiones de Mainas, quijos, canelos del Bobonaza, las de los mercedarios del bajo Putumayo y las del curso superior del Putumayo y del Caquetá, o de los Sucumbios. Fueron sus primeros obispos Fr. Hipólito Sánchez Rangel y Fayas, franciscano, de 1805 a 1824; D. José María Arriaga de 1838 a 1840; D. Pedro Ruiz de 1853 a 1863 y Fr. Francisco Solano Risco, electo en 1865.

Con relación de la obra apostólica del celebérrimo P. Plaza finalizamos la historia de las misiones hasta mediados del siglo pasado.

En cuanto a los jesuítas, solo reanudaron su tarea evangelizadora en el año de 1846 cuando fueron de Medellín al río Caquetá los padres José S. Laínez y Tomás Piquer y el hermano Juan Cañamiza, quienes se establecieron en Mocoa desde el mes de noviembre. Allí murió santamente el P. Laínez el 27 de julio de 1848 y amortajado por los indios fue enterrado en la iglesia del pueblo de La Concepción del Putumayo; sus restos fueron llevados a Pasto en 1850.

Sobre la catequización de los indígenas en los últimos tiempos, diremos algo al referirnos a cada uno de los ríos que vayamos estudiando.

De tan magna y portentosa obra, como es la de las misiones que dejamos relatadas, quedan millares de seres que recibieron en sus mentes oscuras la luz de la fe y en sus corazones un vestigio de amor a la civilización y de respeto por el blanco. En lo material, han desaparecido muchísimas de las poblaciones fundadas por los religiosos, algunas de las cuales no dejaron ni una leve huella, pero muchas otras son hoy centros florecientes o ciudades de categoría y los caminos que abrieron las manos de los abnegados misioneros en aquellos desiertos parajes, regados con la sangre de innumerables mártires, prestan en la actualidad gran servicio al comercio y son vehículos de nueva savia civilizadora, de cultura y de paz.

(Continuará).

Revisado por: TAP